

DOMINGO XXVI TIEMPO ORDINARIO (CICLO A)

En la parábola que se proclama este domingo se contraponen dos actitudes bien conocidas. Hay quien piensa que es suficiente decirle a Dios que sí de palabra y después no cambiar la vida. Por el contrario, no falta quien responde con soberbia a la llamada del Señor, pero al final reflexiona y se convierte. Jesús nos alerta contra las respuestas superficiales, porque «obras son amores y no buenas razones».

La parábola no sólo nos llama la atención sobre nuestro modo de proceder, cuando fallamos a la hora de la verdad, sino que también nos enseña a leer la historia y a no desesperar de nadie, porque en cualquier momento la gracia puede transformarlo. Es lo que nos recuerda también Ezequiel: «Si recapacita y se convierte de los delitos cometidos, ciertamente vivirá y no morirá». Es un toque de atención para que no decaiga la esperanza ni perdamos la confianza en Dios.

Por otra parte, tenemos la comparación de Jesús, que hoy conserva la misma fuerza que cuando la oyeron sus contemporáneos: «Os aseguro que los públicos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del reino de Dios». En el cielo nos llevaremos muchas sorpresas. Es posible, incluso, que personas que nosotros ahora juzgamos alejadas de Jesús, nos adelanten en el camino del Cielo. Pero la razón de esa preeminencia no está en sus pecados, sino, como indica Jesús, en que cambiaron de vida. La predicación de Juan les conmovió, creyeron y se convirtieron. Porque hay una cosa muy importante que no debemos olvidar: que cuando Dios perdona, lo hace totalmente. La justificación supone una regeneración absoluta: el nacimiento de un hombre nuevo. Cuando alguien se abre de verdad a Dios y se vuelve a Él de todo corazón, entonces su pasado queda por completo en manos de la misericordia divina.

Por eso cada día necesitamos rezar: para pedir la gracia de ser capaces de cumplir su voluntad, y no sólo de deseo, sino también con el corazón y las obras. Por eso venimos a la Eucaristía: para pedir perdón y misericordia, para volver a escuchar su llamada, para renovar la respuesta a Dios, y también para tomar conciencia de la gracia que nos da para responder. Como María y José, y con María y con José.